A cada caballero que acarrea una maldición.
A cada princesa en busca de la verdad.
A cada bruja dispuesta a volver a aprender.
Y a los que, de alguna forma, son todos ellos.

Nota del autor

Esta historia habla de la enfermedad, cuando esta es difícil de distinguir y no tiene nombre. De algún modo, habla de la enfermedad mental, y del proceso por el que pasa una persona que es capaz de percibirla, pero aún no la entiende.

No hay una definición específica de la maldición de George, y cada persona podría sentirla de una forma distinta. Esa es la intención: que aquellos que acarrean también una maldición sientan que no están solos, que hay un camino y que también ellos pueden ser caballeros valerosos. No hay descripciones gráficas de síntomas extremos, pero sí se expresa una profunda frustración, tristeza, e ideaciones suicidas.

Si tú o una persona a la que amas sufre este tipo de mal, o cualquier otro, sabed que hay personas que os quieren ayudar, y un camino que seguir para sanar.

Recuerda que puedes consultar con tu médico de cabecera, y que tienes personal de salud mental más cerca de lo que parece.

PRÓLOGO

UN PRINCIPIO Y UN FINAL

Comienza con un chico y una bruja.

Y una capa.

Una capa tan oscura que parece estar hecha de sombras. Un trozo de tela tan negra que podría desafiar a la más oscura de las noches. Una capa que nadie se atrevió a vestir jamás. Por miedo.

El chico y la bruja viven en una cabaña en mitad del bosque, lejos de las ciudades y los hombres que las gobiernan, como sombras dentro de sombras. Esa noche discuten. Él grita, furioso, frustrado. Incapaz de asir las riendas de sus emociones, suplica su ayuda. Ella es una sanadora, una madre, pero no consigue ver cuál es la maldición que le pide que trate. Cree que se le pasará. Cree que la vida es esa maldición.

Él es el hijo de una bruja y todas las miradas le parecen cargadas de odio, de rechazo, de acusaciones injustas. Ella es una bruja y aceptó ese destino mucho tiempo atrás.

Esa noche discuten, pero lo han hecho muchas otras veces. El chico trata de explicar algo para lo que no tiene palabras, mientras que la bruja intenta entender. Él habla de una maldición, pero esa maldición no tiene nombre, no tiene forma, no parece existir más que para él. Ella no puede ayudarle porque no tiene nada con lo que hacerlo.

Mientras tanto, la capa lo contempla todo desde un rincón, muda, expectante… paciente.



Más tarde esa noche, el chico se levanta y sale a hurtadillas. Sabe que vaya a donde vaya le seguirá el odio; el silencio se apoderará de cada habitación en la que entre, la gente esconderá a sus hijos, las puertas se cerrarán a su paso y la amabilidad huirá de él. El chico decide coger la capa negra y envolverse en ella para esconderse del resto del mundo. Decide esconder su maldición para que nadie vuelva a rechazarle. Esa noche marca el principio de su viaje y el final de sus intentos por romper la maldición.

Se marcha sin hacer ruido. Sin mirar atrás. Solo el silencio le acompaña.

EN NOMBRE DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

Aún era joven.

Su cuerpo no estaba surcado de cicatrices, sus manos no eran capaces de contrarrestar el balanceo pesado de una espada desviada en combate y apenas había tenido necesidad de afeitarse. Al menos, no verdadera necesidad.

George caminaba sin prisa. No podía correr hasta su destino; estaba demasiado lejos. Andaba aferrado a su capa negra, cubriéndose del viento helado que recorría aquella región llena de montañas verdes y silenciosas, carente de verdaderos caminos y de grandes ciudades. No se había cruzado más que con alguna pequeña villa desde hacía casi una semana, y comenzaba a sentir que se acercaba más y más al fin del mundo. Por lo que él sabía, no quedaba mucho norte allí donde estaba. Suplicó no estar perdido; perderse en aquella inmensidad de niebla y viento frío podría suponer una muerte anónima e insignificante. Pero encontró el lugar.

Llegó a la pequeña aldea a media tarde, pero allí ya casi anochecía. Según se acercaba pudo ver cómo unos pocos hombres emergían de las entrañas de la tierra pico en mano, cubiertos de polvo desde las uñas de las manos hasta los ojos. Había llegado la hora de que los mineros se asearan un poco y se reunieran para descansar, jarra en mano, con una sombra aún sobre el rostro y un atisbo de luz en los ojos. George alcanzó el camino principal del asentamiento, un espacio amplio que separaba las casas de un lado de las del otro, y que discurría entre la capilla y la taberna. Todos los edificios parecían improvisados, eran pequeños y feos;

pero igual que el hábito no hace al monje, no son las paredes las que diferencian una prisión del hogar. Se detuvo a medio camino de la taberna y respiró profundamente. Se enderezó tanto como pudo y trató de convencerse de que el temblor en sus manos no lo producían los nervios, sino la expectación. De un pequeño bolsillo en su casaca sacó el trozo de pergamino que había leído decenas de veces; lo leyó de nuevo, por si se le había pasado algo por alto. Aún era joven.

Se requiere caballero andante o grupo de mercenarios:

El asentamiento minero de Longdusk aprueba pagar la suma de 150 libras a quienquiera que logre liberar su mina de hierro de la criatura o criaturas que la invaden, en nombre de Dios o de los hombres.

Suspiró, guardó la nota y levantó la vista hacia la taberna. Necesitaba descansar los pies y las piernas, comer algo caliente, y dejar capa y zurrón en alguna parte. Levantó la cabeza tanto como pudo, compuso una expresión solemne, y echó a andar a grandes zancadas.

Al abrir la puerta, esperaba encontrar el alboroto y la confusión habituales de una taberna, pero se encontró con lo que debía ser el gran salón comedor de toda la aldea. Todas las voces callaron cuando pasó al interior, todas las miradas se posaron en él. George se detuvo en el lindar de la puerta y trató de no mudar la expresión, de que el nerviosismo no se reflejara en sus ojos ni en la curva tensa de sus labios. Al cabo de algunos segundos, comenzó a caminar sobre el suelo de madera de la taberna, haciendo resonar cada taconazo, avanzando con toda la impasibilidad que fue capaz de fingir. Llegó a la barra seguido en todo momento por la mirada del posadero, un hombre relativamente joven que esperaba de brazos cruzados y con la sorpresa pintada en los ojos.

—Vengo a… —Carraspeó, y volvió a comenzar con un tono más grave—. Vengo a hablar con el capataz de la mina.

Un taburete se arrastró sobre la madera, y un hombre de grandes músculos se puso en pie.

—Ese soy yo —gruñó con una voz mucho más grave que la que él tendría jamás.

El capataz MacTavish era, sin lugar a dudas, el hombre más grande que George hubiera visto. Su melena castaña se mezclaba con una barba densa y larga, cuyas primeras canas comenzaban a asomar. Sobre su nariz redonda, unos ojos pequeños y negros escrutaron al joven caballero, con una incredulidad cercana a la ofensa—. ¿Quién coño eres tú?

George se giró hacia él y tomó aire por la nariz. Debía admitir que estaba algo intimidado; intentó que todos vieran la armadura de cuero bajo la negra capa, y giró el torso para dejar a la vista la empuñadura que sobresalía sobre su hombro derecho.

—He venido por los monstruos en vuestra mina —respondió, con una seguridad que le sorprendió.

—¿Tú solo? —preguntó el capataz, mientras todos sus vecinos miraban alternativamente a uno y a otro.

—Sí —dijo él, sin más.

Toda la aldea enmudeció. Tal vez no las cabras, ni los caballos, ni el siempre irrespetuoso viento; pero todos los que estaban dentro de la taberna callaron, expectantes. Y toda la aldea se encontraba en la taberna.

—Hablemos.

Caballero y capataz se sentaron a ambos lados de una mesa pequeña, apartada, desde la cual el murmullo era aún constante, pero ajeno. George agradeció poder descansar las piernas por fin, y sintió los primeros ataques del hambre según pasaban frente a él las raciones que se repartían entre los trabajadores de la mina. Al cabo de un par de minutos, el tabernero se acercó para dejar entre los dos un par de jarras llenas hasta el borde, espumosas y oscuras. Él miró la más cercana, y vio cómo el capataz MacTavish

engullía el contenido de la suya como si no se tratara más que de un aperitivo. Agarró la jarra por el asa, la alzó, y dio un trago. Tenía sed y hambre, y aquello no haría más que empeorarlo. Pero, de momento, iba a cuenta de la casa.

—Hay un monstruo en su mina —dijo, esperando que la conversación retrasara el consumo de alcohol no deseado—. O varios, según dice el anuncio.

—Nadie está seguro —contestó MacTavish, que no parecía muy dispuesto a abordar el tema extensamente.

—¿Significa eso que nadie ha visto a la criatura? —preguntó George, improvisando sobre la marcha, sin saber con certeza qué preguntas debía hacer.

—Significa que nadie está seguro de qué ha visto, joven.

El capataz miró su jarra casi vacía y la de George, prácticamente llena. Después alzó la mano para llamar la atención del tabernero y le indicó algo que el último pareció comprender sin problemas. MacTavish suspiró y volvió a mirar a George de arriba abajo.

—Esa espada que llevas —observó—. Parece demasiado vieja para ser tuya. ¿Es una herencia?

—No. La compré —mintió él—. Es una buena espada, y llegó a mí cuando más la necesitaba.

—¿Me permites? —preguntó el recio minero, alargando la mano.

George desabrochó la cincha de la vaina y le tendió el arma al capataz. Este pudo detectar el temblor de sus manos cuando intercambiaron el objeto. Lentamente, MacTavish desenvainó; era una espada de puño y medio, de buena factura en origen, pero la guarda estaba maltratada, y parecía que habían tenido que reparar la empuñadura al menos un par de veces. Aunque la hoja estaba afilada, podía apreciarse que no había sido cuidada con esmero, con cariño, sino por simple necesidad. La boca de la vaina estaba mugrienta, y se diría que alguien había envainado el arma sucia, manchada aún de sangre, muchas, muchas veces.

—¿La compraste a un puñado de bandidos? —preguntó de nuevo, sin mirarlo.

George trató de mantener una expresión vacía, pero el rubor lo delató. El viejo minero, en cambio, no parecía sorprendido en absoluto, sino más bien algo decepcionado. Volvió a guardar la espada en su funda y la tendió de vuelta a su propietario. El tabernero llegó y soltó dos cuencos con carne asada y algo de pan.

—Come, chico, se te ve exhausto —dijo el capataz, en lo que sonó más bien a una orden—. Después descansarás aquí hasta pasado mañana. Un carro saldrá entonces para llevar un cargamento de hierro a la abadía más cercana; te irás con ellos.

—¿Qué? —La pregunta se escapó de la boca de George con incredulidad.

—No eres más que un chaval —espetó MacTavish, con una voz que pareció adquirir un tono aún más grave—, así que aquí solo tienes dos opciones: o cambias la espada por un pico, o te largas en el primer carro. Pero si te dejo entrar en esos túneles para morir, mi indiferencia será tan reprochable como tu estupidez.

George bajó la mirada, y la detuvo en el cuenco de comida, en la jarra de cerveza, en la hospitalidad que le había brindado aquel hombre repentinamente. Pensó en los kilómetros recorridos y en el dolor de sus rodillas, en el frío y el hambre que había pasado para llegar allí. Pensó que él estaba ahí, y que había algo en aquellas minas que asustaba incluso a un hombre tan grande como el capataz MacTavish. Y supo lo que debía hacer.

—No. —El temblor de sus manos pareció desaparecer repentinamente—. No he venido hasta aquí por simple fortuna, capataz. Por el camino encontré otros anuncios iguales al que llevo, algunos más viejos, otros más nuevos. Pregunté a los vecinos, a viajeros, incluso a algún que otro mercenario. Hace más de un año que intentan que alguien venga a ayudarlos, ¿no es así? —Esta vez, fue el minero el que bajó la mirada, y se llevó la jarra a los labios para ocultarlo—. La cifra inicial era de veinticinco libras, y ha ido ascendiendo sin que nadie responda.

—Maldita nuestra suerte…

—Están demasiado lejos —dijo George, encogiéndose de hombros y riendo ligeramente—. Eso es lo que decía todo el mundo, ¿sabe? Que la recompensa no compensaba el viaje, y que su gesta no llegaría después a ninguna parte, que no habría nadie para cantarla y llevarla a todos los rincones del país. Los mercenarios y los caballeros que leían o escuchaban el anuncio preguntaban dónde estaba Longdusk, y después lo olvidaban por completo.

—Entonces —dijo MacTavish, sin mirarle—, ¿por qué estás tú aquí?

—Porque necesitan ayuda —contestó George—. Y nadie más iba a venir.

Lo que convenció finalmente al capataz MacTavish no fueron las palabras de George, sino su determinación. Accedió a pedirle al posadero que le cediera una habitación al chico, pero en lugar de para dos noches, lo hizo para tantas como necesitara. Nadie había visto a la criatura, apenas sabían nada de ella, y no podían aventurarse a pensar que sería un trabajo rápido.

La mañana siguiente, el murmullo de los pasos sobre la tierra despertó a George, y él se puso en marcha enseguida. Apenas despuntaba el alba cuando terminó de comer y salió de la posada, ya vestido con su capa negra y con la espada ceñida sobre el hombro. Junto a la boca de la mina, mientras los trabajadores entraban ordenadamente, MacTavish le esperaba con una linterna sorda en cada mano.

—Buenos días, chico —dijo, con su voz grave, pero con un tono mucho más amigable.

—Comienzan ustedes a trabajar endiabladamente temprano, capataz —observó él—. Cualquiera diría que pretenden aprovechar las primeras luces, de no ser porque se lanzan de cabeza a ese agujero negro.

—Lo que pretendemos es tener tiempo de ver el sol cuando volvemos a sacar la cabeza. Aquí los días duran un suspiro. Toma. —El hombre le tendió una de las linternas, y dejó que la sujetara mientras abría la portilla de cristal y prendía la mecha del interior—. Te llevaré al túnel en el que han tenido lugar los ataques.

El golpeteo distante de los picos contra la piedra resonaba mientras avanzaban sobre el terreno cubierto de gravilla. Cada pocos metros, una lámpara encendida iluminaba un puñado de pasos de túnel, como si avanzaran de sombra en sombra. Alcanzaron una bifurcación al cabo de un par de minutos y tomaron el túnel de la derecha, que descendía de forma más abrupta. Allí, la canción rítmica de los picos y las palas se intensificó. Se cruzaron con un puñado de hombres que dejaron de trabajar para dejarles paso y no arrearles con las herramientas en la cabeza sin querer. MacTavish observó, llevado por la fuerza de la costumbre, que todo estuviera correcto; pero no dijo nada.

El túnel comenzó a girar hacia la izquierda. Llegaron a una nueva bifurcación y tomaron el camino más plano, de nuevo a la derecha, que no descendía hacia las entrañas de la tierra, pero se adentraba en el interior de la montaña. Allí la presencia de trabajadores era aún mayor, y muchos habían arrancado ya a sudar debido al aire viciado, la falta de espacio y la dureza del trabajo. Algunos, al dejar de picar o cavar para dejar paso, miraron a George con incredulidad; otros, con simple compasión. Todos ellos, al mirar hacia el extremo más profundo del túnel, sintieron un escalofrío que les recorrió toda la espalda.

—¿Qué ha pasado exactamente en estos túneles? —preguntó George en cuanto se hubieron alejado lo suficiente, cuando el murmullo del trabajo no sepultaba ya el sonido de su voz.

—Toda clase de extrañezas, chico —respondió el capataz, cuya voz parecía estar en perfecta armonía con el escenario—. Al principio, sucesos incomprensibles, pero poco más que inconvenientes: picos que se rompían en el primer golpe, carretas que se movían solas, herramientas que desaparecían. Nos lo tomamos a risa,

incluso, y comenzamos a decir que la mina estaba maldita como una broma. Hasta que comenzamos a oír los gritos.

Llegaron a una nueva bifurcación. Allí, el túnel parecía seguir recto, excepto por la abertura en la pared a la izquierda que se alejaba en la oscuridad. Había algo extraño en aquel camino, algo muy diferente del resto de túneles de la mina. Aunque parte de las paredes estaban sin duda excavadas, se apreciaba en los techos que allí había habido grutas naturales, pequeños riachuelos subterráneos que habían horadado la roca lentamente, con la paciencia de la que solo son capaces los elementos de la naturaleza.

—Muchos de los trabajadores se niegan a acercarse tanto —dijo MacTavish, con un temblor casi imperceptible en la voz—. Al primero de los muertos lo encontramos aquí mismo; había salido corriendo del túnel, sin lámpara, a ciegas. Se estrelló contra esta misma pared y se partió la cabeza. —Ambos miraron a la roca frente a la entrada del túnel, y George apreció aún los restos de sangre roja que nadie había podido limpiar—. A veces la oscuridad te hace eso, pero… pero nunca así.

—¿Y después? —preguntó George, tratando de escapar de la forma en que la oscuridad del túnel tiraba de él.

—Una semana más tarde, encontramos al joven Pat tumbado en el suelo, rodeado de un manto de llamas. Estaba completamente calcinado y su lámpara estaba a apenas un par de pasos de él. El olor de la carne chamuscada tardó un mes en desaparecer. —MacTavish bufó por la nariz, como si aún pudiera sentir aquel olor—. Cerramos el túnel, ordenamos a los trabajadores que no vinieran hasta aquí… y pasaron cinco meses hasta el siguiente incidente. Cerca de donde hemos encontrado al último grupo, uno de mis mineros se giró mientras trabajaba, levantó el pico, y lo clavó con todas sus fuerzas en la cabeza del compañero más cercano. El resto, los que estaban ahí, aseguran que tenía los ojos en blanco y que no parecía dueño de sus actos. A la mañana siguiente se despertó sin saber qué había pasado, diciendo que había soñado que una voz le llamaba y le ordenaba que vaciara la mina de… de «carroña humana».

George miró de nuevo al túnel, extrañado. Aunque no era consciente de ello, su mente comenzaba a atesorar cada detalle de lo relatado, como si el más mínimo de ellos pudiera ser importante. Más tarde se daría cuenta de que aquella costumbre inconsciente era clave para seguir con vida.

—MacTavish, ¿por qué siguen aquí? —preguntó, sin más, devolviendo la mirada al fornido minero—. Un año entero aterrados de lo que mora en la profundidad de la montaña y adentrándoos en la tierra sin saber cuándo volverá a morir alguien.

—La muerte repentina no es extraña para un minero, chico. Y, además, no tenemos a dónde ir. —El barbudo suspiró y negó con la cabeza—. No es fortuito que los que seguimos aquí seamos los padres de familia. No podemos arriesgar la seguridad de nuestras esposas e hijos, aunque para ello debamos arriesgar la vida cada día. Un mal encontronazo en el viaje, o demasiados días sin ganar un jornal… y tal vez sean nuestros hijos e hijas los que mueran de hambre, o a manos de un puñado de asaltantes. —Volvió a callar. La canción de los picos y las palas parecía en ese punto demasiado lejana para resonar sobre el silencio de las profundidades—. Nos aterra tanto el hambre como lo que vive ahí dentro, George.

George decidió que aquella respuesta era más que suficiente. Dio un paso hacia el túnel maldito, que se perdía en la eternidad del subsuelo mudo y amenazante. Levantó la linterna para iluminar unos pocos palmos más de tierra. Sí, podía sentirlo. Aquella roca no era igual que las demás, como no lo eran las sombras que le esperaban más allá. Sin decir nada más, sin despedirse, echó a andar hacia las profundidades. Mientras las sombras le engullían, su capa negra pareció mezclarse con la oscuridad.

El mundo había sido para él poco más que una cabaña mediana en mitad del bosque y el mar de árboles que la rodeaban. De niño, George no conoció más compañía que la de su madre y la de los

pequeños animalillos que le observaban desde la distancia, pero se alejaban en cuanto trataba de alcanzarlos. Al este había un claro sembrado de rocas que se calentaban al sol de los pocos días claros que daba el año, y al oeste un riachuelo surcaba la tierra donde había corrido un ancho y bravo río, del cual tan solo quedaba el lecho empinado a ambos lados. Por lo general, George no bajaba hasta el agua para no caer rodando sobre el barro. Sabía que había un puente al sur, demasiado al sur como para que él solo pudiera aventurarse hasta él, y menos aún cruzarlo. Pero no le importaba todavía; el mundo entero era una arboleda entre un río poco caudaloso y un pequeño campo de piedras grises. Y en el centro de aquel mundo, justo en medio, estaba la cabaña en la que vivían él, Mefistófeles y mamá.

A veces, sobre todo en primavera y en otoño, hombres a caballo o mujeres que viajaban en grupo llegaban desde el puente al sur. Siempre venían en busca de los conocimientos de mamá, o para encargarle que fabricara algún objeto mágico y poderoso. Todos tenían aquella expresión que él no entendía; era como si algo les doliera, pero no parecían estar nunca heridos o enfermos. Era como si no les gustara estar ahí, por alguna razón. A veces había también otros niños. Los veía escondidos en los carros, bajo sábanas o mantas, muy callados. En una ocasión se atrevió incluso a acercarse a uno de ellos, pero este reaccionó como lo hacían los animales asustadizos, buscando cobijo bajo las faldas de su madre. Incluso ellas parecían querer esconderse de George, que no tenía más remedio que irse a ver a las lagartijas del campo de piedras hasta que se marchaban los clientes de mamá.

En verano y en invierno, George pasaba algunos días solo. Mamá tenía obligaciones fuera, debía encontrarse con otras brujas, y no podía llevárselo a él porque sería una molestia. Es por eso por lo que, en las noches más calurosas de verano, el pequeño George aprovechaba para salir a dar un paseo y ver su mundo de una forma diferente. Cerca del riachuelo, los sapos cantaban a coro, diciéndose cosas muy extrañas que él nunca lograba entender. Y al

este, en el campo de piedras, parecía que las estrellas bajaran a la tierra en forma de luciérnagas bailarinas que volaban indiferentes mientras él saltaba de roca en roca, tratando de no perder el equilibrio. El mundo fue para él un lugar pequeño pero seguro durante los primeros años de su vida; hasta una de aquellas noches.

Paseaba entre los árboles que tanto conocía, siguiendo el rumor calmado del río. Aquella noche la luna estaba descansando, y ni siquiera las estrellas podían verse a través de un grueso manto de nubes. Caminaba de memoria, dejando que sus pies decidieran en lugar de sus ojos. Pero sus pies se equivocaron. De repente, dio un paso en falso y cayó en el empinado lecho del río. Trató de detener el golpe con las manos, pero rodó hasta el agua y acabó sentado en mitad del riachuelo. Sacudió la cabeza, confuso: no oía las voces de los sapos, e incluso el agua parecía sonar extraña, más grave, indiferente. Por un momento creyó estar en un lugar desconocido, y un escalofrío le recorrió la nuca. Se detuvo a escuchar con atención. Creyó sentir una presencia justo a su lado.

Echó a correr hacia el este, alejándose del río, y necesitó trepar con las manos para conseguir ganar terreno. En aquella noche tan oscura, no podía ver bien dónde estaban los troncos de los árboles que creía conocer de memoria, y tuvo que ir a tientas durante todo el trayecto. Iba hacia el claro de piedras, en busca de las luciérnagas, pero por alguna razón se perdió por el camino. Se detuvo un momento y miró alrededor, esperando ver el brillo suave y amistoso de las bailarinas nocturnas, y no encontró más que las sombras difusas de árboles desconocidos. El corazón le latía con fuerza y una capa de sudor frío le cubría por completo. De nuevo, sintió a algo cerca. Y volvió a echar a correr.

No supo durante cuánto tiempo huyó, ni siquiera en qué dirección lo hizo, pero por fortuna fue capaz de discernir las paredes de madera de la cabaña a lo lejos y fue hacia ella. Tuvo que rodearla para encontrar la puerta, y la abrió para escabullirse hacia el interior con urgencia. Después, la cerró a su espalda y se quedó apoyado en ella, respirando a destiempo, con el corazón a punto

de estallarle. Aquello de allí fuera no era su mundo, era un lugar oscuro y desconocido, y no sabía de dónde había salido.

Miró a su alrededor de nuevo; por alguna razón, tampoco aquella parecía ser su cabaña. Las mismas paredes, los mismos muebles, e incluso el mismo olor confuso de hierbas y velas; pero había algo más, algo nuevo que le aterraba, que le amenazaba en silencio. Aquella oscuridad también estaba allí. Estaba en la cabaña, en el riachuelo y probablemente en el campo de rocas, porque aquella oscuridad era mucho mayor que su pequeño mundo. Era una oscuridad que bien podía engullir el universo entero. George se quedó paralizado, incapaz de separar la espalda de la puerta, hasta que el sol apareció por el este, horas más tarde. Apenas tenía seis años.

El sonido de sus pisadas parecía desaparecer a tan solo unos metros, allí donde la luz de la linterna dibujaba las últimas sombras del túnel. George había seguido descendiendo a través de las entrañas de la tierra, pero cada bifurcación del camino era ahora una decisión tomada de antemano: allá donde la roca se abría en varias direcciones, solo una era lo bastante ancha como para que él la siguiera. La canción de los picos y las palas se había perdido en la distancia, y ni siquiera estaba seguro de cuán lejos estaba del lugar en que se separara del capataz MacTavish. Las paredes eran ahora suaves y redondeadas, carentes de cualquier marca que pudiera causar una herramienta. El lugar en el que George estaba no lo había creado ningún hombre; probablemente llevaba ahí desde el albor de los tiempos.

Los pasadizos lo llevaron finalmente a una gran cueva que se abría en todas direcciones. El techo estaba demasiado lejos como para iluminarlo con la luz de la linterna, y el suelo descendía de forma escalonada. Cuando se detuvo para prestar atención, pudo oír el sonido del agua fluyendo más abajo. Debía de haber un riachuelo subterráneo en aquel lugar. Frente a aquella idea, George se giró para pasar la mano sobre la superficie lisa de las paredes.

Se preguntó si aquel riachuelo podía haber llenado toda la cueva en el pasado.

Se dejó caer con cuidado de un escalón al otro hasta que cayó sobre el agua helada del fondo. La caña de las botas impedía que se le metiera dentro y le congelara los pies, pero si caminaba dentro del río durante mucho rato acabaría por filtrarse entre las costuras. Buscó la orilla opuesta y tuvo cuidado de no caer en ningún agujero camuflado por el agua. Alcanzó el otro lado con apenas un par de saltos, y llegó a una explanada de piedra ancha cuyo final no podía verse. Miró en ambas direcciones, siguiendo el curso del río y hacia las sombras, y se preguntó de nuevo cuánto debía adentrarse en la montaña. No demasiado, estaba seguro. Decidió dejar el río atrás y seguir la roca plana.

El pequeño George se despertó en el suelo de la cabaña y, confuso, miró alrededor. Bajo la luz del día, aquel sí parecía su hogar, pero algo había cambiado de alguna forma. Pensó que se habría quedado dormido al llegar el amanecer, y miró por la ventana para comprobar cuánto tiempo podía haber pasado. El sol superaba ya su cenit y comenzaba a caer hacia el oeste. George se separó de la ventana, sintiendo el dolor punzante del hambre. Caminó hasta la despensa y rebuscó algo que no tuviera que cocer al fuego. Tan solo encontró un poco de carne seca, y se sentó en la cama a masticarla con parsimonia.

Pensó en lo que había sucedido la noche anterior. Se preguntó en silencio qué le había pasado al mundo, o qué era aquello que había sentido. ¿Era eso miedo? Y si lo era, ¿por qué le tenía miedo a la oscuridad, de repente? En sus cavilaciones, pudo ver cómo la luz blanquecina del día se iba tornando naranja y después roja, dando paso lentamente a la tarde y precediendo a una nueva noche. George, sentado a solas en la cabaña, se preguntó dónde demonios estaba Mefistófeles. Sabía que no podía evitar que el tiempo transcurriera, pero le habría gustado más tener al maldito

gato ronroneando a su lado cuando llegara la oscuridad. Lo cierto era que Mefistófeles estaba ocupado; acababa de descubrir la vulnerabilidad de los polluelos en sus nidos y llevaba un par de días engordando con su inocencia. No, el gato no iba a aparecer. Pero la noche llegaría en seguida. Decidido, George abrió la puerta de la cabaña, salió y se dispuso a esperarla.

El campo de piedras era un lugar tan hermoso durante el día como por la noche, cuando las luciérnagas ya habían salido a bailar. En aquel momento, las lagartijas estaban en lo más alto de las rocas, apurando aún los últimos rayos de sol para calentarse y sobrevivir al frío nocturno. La luz rojiza parecía incendiar el bosque entero, y se reflejaba en algunas de las piedras con destellos blanquecinos. George conocía cada una de aquellas pequeñas rocas, y se encaminó directamente a una que sabía cómoda. Se sentó en ella, con las piernas cruzadas; un tiempo atrás esto no le hubiera supuesto ningún problema, pero había crecido desde entonces y le costó algo de esfuerzo encontrar una postura confortable en el espacio reducido de su roca particular.

Todo sucedió como tantas otras veces: el disco flamígero del sol se ocultó en el horizonte, lanzando los últimos latigazos de luz sobre la tierra, y el mundo se tornó borroso y gris. Mamá siempre decía que el crepúsculo era un momento en que el mundo está confuso, el día muere y nace la noche, y todo cambia; decía que esa era la razón de que todo fuera más difícil de ver.

Las luciérnagas se adelantaron aquella vez. Parecía que llegaran de alguna parte, sin que nadie las viera venir, pero George sabía que no era verdad. Los pequeños insectos llevaban ahí un buen rato, posados sobre las piedras, esperando a la noche para iluminar sus pequeños cuerpos y sembrar aquel campo de diminutas estrellas verdeamarillas. George las vio encenderse una a una, y se preguntó si se sentirían contentas por la llegada de la oscuridad, porque les permitía mostrarse tal y como eran. Y entonces, una pregunta nació dentro de su pequeña cabeza castaña: ¿y si el verdadero aspecto del mundo era aquel, el que había

descubierto la noche anterior? Quizás su pequeño cosmos se estaba mostrando por primera vez ante él, y él lo había rechazado con miedo y asco, como lo hacían los desconocidos que venían a visitar a mamá cuando lo veían.

Fue mientras pensaba en aquello que las luciérnagas comenzaron a animarse, a perder la vergüenza y a salir a bailar las unas con las otras. Y entonces, en la más profunda oscuridad, George miró a su alrededor y descubrió un mundo completamente nuevo.

Los árboles que de día eran formas definidas se habían convertido en un único ser, un bosque oscuro que se extendía hasta el infinito en todas direcciones. El cielo nocturno lo cubría todo como un gran manto en el que prácticamente podían verse las costuras. El sonido de sus pasos casi sonaba diferente al caminar, y probó a correr, trotar, saltar y arrastrarse para comprobar qué pequeños cambios podía descubrir. Al llegar al riachuelo, tocó el agua para cerciorarse de que, en efecto, también esta era otra distinta; y comprendió al fin que nunca había prestado la atención adecuada al canto de los sapos.

Todo en el mundo era diferente, pero no por ello espantoso. A fin de cuentas, él era diferente, y no comprendía que los demás le tuvieran miedo. Había sido injusto con la noche, y se arrepentía de ello.

—Perdóname, oscuridad —dijo, sentado al borde del riachuelo—. A partir de ahora, seremos amigos.



Había acertado. Si bien el río debía perderse en la oscuridad, quizás precipitándose hacia el interior de la tierra por pasajes inaccesibles, el camino que George tomó le llevó a una gruta que se abría en el lateral, una cueva de la que le llegó una ligera brisa. Aquel camino parecía llevar al exterior.

Tardó aún un rato, pero finalmente comenzó a distinguir luces a lo lejos, más allá de las tinieblas tristemente iluminadas por la

linterna. Se encontraba en una galería ancha, más grande que la mayoría de las que había cruzado. Pero no se trataba de una galería cualquiera; aunque él había descendido por un túnel estrecho para llegar a ella, parecía que la cueva se abría hacia el exterior por un camino más transitable. La propia estancia era casi completamente circular, y estaba sembrada de estalactitas, estalagmitas y columnas en toda la circunferencia. El centro, no obstante, lo ocupaban un altar, formado por la propia roca del suelo, y un tótem de madera claramente tallado por manos humanas. El lugar parecía abandonado, y George se sabía ya lejos de la aldea minera; quienquiera que visitara aquel altar debía haber muerto mucho tiempo atrás.

George se aproximó al altar y rozó ligeramente los restos de sangre reseca con la yema de los dedos. Alzó la mirada y observó con atención la expresión serena tallada en lo más alto del tótem. Algo se movió a su espalda, dejándose oír. George se giró sobresaltado, en un gesto brusco, apuntando al ser con la luz de su linterna.

—No te he atacado hasta ahora —dijo, con una voz infantil—, no temas que lo haga de repente.

Tenía el aspecto de un niño, sin duda, pero su piel era gris, áspera, y en las cuencas de sus ojos no había nada más que vacío. Cuando alzó las manos, George apreció que tan solo tenía cuatro dedos gruesos y duros, como hechos de piedra.

—¿Vives aquí? —preguntó George, tratando de recuperar el aliento sin delatar su sorpresa—. ¿Tú has atacado a los mineros?

—No exactamente y, de nuevo, no exactamente —contestó el niño de piedra caminando de un lado a otro, sin dejar de mirarle con las sombras de su rostro—. Yo «soy» aquí, y los mineros me atacaron a mí, antes de que decidiera defenderme.

—¿Tú «eres»…? —George decidió abrir la portilla de la linterna y apagar la llama; a oscuras, tan solo la sombra de la criatura era visible. Pero al menos lo inquietante de su mirada se había desvanecido—. ¿Eres la montaña?

—Soy parte de esta montaña, y parte de la tierra que la rodea —explicó el ente, con una risilla de niño, corriendo hasta el altar y sentándose en él de un salto—. No soy toda la tierra porque no tendría ningún sentido para aquellos que me dieron la vida.

—¿Qué quieres decir con…? —George calló de repente. Era consciente de que estaba haciendo demasiadas preguntas, que sonaba inseguro. Decidió pensar, tratar de encontrar la verdad en lo que veía y sabía, en lugar de pedir que se la entregaran—. Un altar. Eres el espíritu de estas tierras.

—¡Soy un dios! —clamó la criatura, alzándose sobre su propio altar y haciendo retumbar la tierra con su voz.

—«Dios» no es más que un nombre para los espíritus que dejaron de ser salvajes —respondió George, corrigiéndole, impasible ante su muestra de fuerza—. Los hombres que vivían aquí veneraron esta tierra hasta que tú despertaste, no importa cómo decidieran llamarte.

—¡Soy todopoderoso! —insistió el espíritu, alzando aún más los puños y la voz, agitando la montaña y haciendo temblar su templo.

—¡No es verdad! —replicó, gritando tan solo para que se le pudiera oír por encima del terremoto—. De serlo te habrías marchado, o habrías aniquilado a los mineros. Te estás defendiendo, pero es todo cuanto puedes hacer por ahora.

—Puedo matarte a ti ahora…

—Probablemente cierto —observó George, retrocediendo instintivamente un paso—. Pero no lo has hecho aún, ¿por qué?

—No me has atacado, humano —explicó el espíritu, más calmado, sentándose de nuevo en el borde del altar—. No veía razón para matarte.

—Aun así… Los mineros me han pedido que les libere de tus ataques, de tu maldición. —Ambos quedaron callados, mirándose; los ojos huecos del espíritu esperaban una respuesta más clara de la intención del humano. Y pronto la obtuvieron—. No siento la necesidad de matarte, espíritu, pero necesitamos encontrar una

solución. ¿Qué pueden ofrecerte para que dejes de matarlos y atemorizarlos?

—Esta montaña es mi cuerpo, humano —explicó el pequeño dios—. Diles que dejen de maltratarla, y los dejaré ir. Si han de quedarse, diles que me veneren, y la tierra será generosa con ellos; el agua será fresca y dulce, y los pastos siempre estarán verdes. Pero que no vuelvan a excavar. Porque mientras una sola de sus repugnantes herramientas, construidas con mi propio cuerpo, golpee de nuevo la roca… alguien morirá. Tal vez no cada día, pero te aseguro que no cejaré en mi empeño de expulsarlos de mi hogar.

George suspiró al cabo de algunos segundos. Por ahora, había evitado desenvainar su espada; pero eso no significaba que estuviera más cerca de una solución satisfactoria para todos.

—Se lo diré —afirmó—. Hablaré con ellos y regresaré con una respuesta.

—No, humano. —Pese a que las paredes de la cueva no temblaron, la voz del espíritu sonó ahora incluso más amenazante—. Habla con ellos y vete. Si deciden rendirme culto, lo sabré. Si pretenden seguir con sus actividades crueles, lo sabré. Pero si vuelves a pisar esta cueva… sabré que no vienes a hablar. Y entonces no tendré piedad.

En lugar de retomar sus pasos, George utilizó la antigua entrada a la cueva para volver al exterior. No sabía exactamente dónde estaba, pero pronto logró orientarse y tan solo tuvo que rodear la montaña para regresar al asentamiento minero pasado mediodía. Los vecinos lo miraban con curiosidad, preguntándose si había logrado su objetivo, pero nadie se acercó a él en toda la tarde. Eso le permitió vagar sin rumbo, sentarse de vez en cuando, pensar en lo que había visto, en lo que le había propuesto el espíritu. Le permitió preguntarse si estaba capacitado para matar a una criatura tan poderosa como aquella, o si estaba realmente

seguro del modo en que debía hacerlo. Le permitió preguntarse si era siquiera correcto que lo hiciera. El espíritu se estaba defendiendo, a fin de cuentas; aquello no era más que una trifulca territorial. Pero era un espíritu salvaje, después de todo, y no atendería a razones. Su muerte era preferible a la de los hombres, mujeres y niños de Longdusk.

El sol comenzó a caer, y la procesión de mineros regresó a la aldea. Fueron muchos los que decidieron acudir a la taberna en lugar de a sus casas, y fue allí donde, poco más tarde, MacTavish encontró a George, sentado a solas en una mesa cercana a la esquina. Se despidió de dos de sus trabajadores, y acudió a la barra para buscar dos jarras de cerveza con las que fue a sentarse junto a él, poniendo una frente a cada uno de ellos.

—Toda la jornada he estado atento a tu regreso, chico —dijo, a modo de saludo.

—El túnel conduce hasta el otro lado de la montaña —contestó él, aceptando la jarra—. Hay un arroyo subterráneo, varias galerías grandes, y una cueva cerca del exterior, en la cara norte.

El minero esperó, pero no parecía que George tuviera ninguna prisa por aclarar lo que a él le parecía más importante.

—¿Y? —inquirió al fin—. ¿Encontraste a la criatura? ¿Descubriste de qué se trata?

—Sí… —George dio un par de golpecitos sobre la mesa con la punta de los dedos y suspiró—. ¿Podemos hablar a solas, MacTavish?

—Nadie nos molestará aquí, si es…

Pero el joven ya se había levantado y echaba a caminar hacia la puerta. El capataz lo siguió sin rechistar.

Afuera, el sol comenzaba a ocultarse entre las colinas más lejanas del oeste. El murmullo de la taberna se fue apagando según se alejaban caminando sobre la hierba. Un par de caballos relincharon a lo lejos. MacTavish encontró a George parado frente

a la iglesia, mirándola como si necesitara evaluarla de algún modo. En cuanto estuvo a su altura, ambos comenzaron a caminar en dirección sureste, alejándose de la montaña y de la entrada a la mina.

—¿Vivía alguien en estas tierras antes de que llegarais?

—Eso depende. —George no insistió, sino que esperó a que el capataz continuara hablando—. Dicen que un grupo de salvajes acampaba en estas tierras durante el invierno, para descansar entre saqueos. Otros creen que realmente vivían aquí todo el año, pero nadie puede estar completamente seguro de ello.

—¿Qué pasó con ellos?

—Fueron conquistados. —En boca del minero, aquellas palabras sonaron insignificantes; pero George sabía que significaban lo mismo que «aniquilados»—. Se dice que, hace algún tiempo, cuando la Iglesia quiso asentar su poder en esta tierra, se encargó de limpiarla de herejes. Yo ni siquiera había nacido, y no conozco más que habladurías. Todo cuanto sabía era que aquí había hierro, y que me pagarían por él. Un monasterio cercano se ofreció a ayudarnos con la construcción del asentamiento.

—Así que de eso se trataba —masculló George, con claro reproche—. De la Iglesia conquistando una montaña. Y sin embargo mi recompensa tenía que salir de vuestros bolsillos…

—¿«Tenía»? —preguntó MacTavish, que estaba esperando alguna señal de duda desde que salieran de la taberna—. ¿Significa que no vas a hacerlo?

—Significa que quizás quiera renegociar los términos de nuestro acuerdo, capataz.

Al principio, el minero estuvo a punto de reaccionar con ira. Pero entonces pensó en los hombres muertos, en la oscuridad del túnel… y se preguntó si él mismo hubiera aceptado el riesgo por la suma acordada.

—No tenemos más, George… —quiso disculparse.

—No me refiero a eso —respondió él, enfadado frente a su propia impotencia—. Lo que hay debajo de esa montaña es…

viejo. Muy viejo. Puede que lleve ahí desde antes de que «conquistaran» a los salvajes de esta tierra. Y no estoy seguro de poder matarlo.

Habían ascendido hasta una colina cercana, la misma desde la que George llegara el día antes. Casi parecía que la negociación se hubiera desplazado de tal modo que pudiera terminar con él marchándose. Probablemente, así era.

—Pero eso no significa que no haya soluciones —aclaró después, suspirando de nuevo—. Esa criatura es el espíritu de estas tierras, MacTavish, algo así como un dios menor.

—Por eso me has traído hasta aquí —contestó el minero—. Otros te acusarían de blasfemia, chico, pero no yo. Si dices que lo que hay ahí abajo es un dios, te creo. Pero entonces, ¿qué podemos hacer?

George necesitó un momento antes de contestar. Había esperado duda, discusión, incluso que le tomaran por un loco. Pero aquel hombre enorme y desesperado le creía. No podía decepcionarle; pero tampoco hacerle falsas promesas.

—Os ofrece una elección —anunció George, aún sin atreverse a mirar a su benefactor—. Os dejará marchar, libres y con vida, si cesáis toda actividad minera de inmediato.

—No podemos hacer eso…

—Lo sé. La segunda opción es que os quedéis y le rindáis culto. Asegura que entonces tendréis una vida rica, que no os faltará nada que la tierra pueda ofreceros.

—¡Pero…! —Aunque reaccionó demasiado deprisa, el capataz se tomó un segundo para reflexionar su respuesta; esto no la cambió en absoluto—. ¡No podemos hacer eso! ¿Y si nos descubren? Nos acusarán de herejía, nos llevarán a la horca o a la hoguera.

—Lo sé.

Ambos callaron. Lentamente, el sol se ocultaba, dando paso a la noche, dejando que el mundo entero se tiñera de oscuridad y que otras vidas despertaran. Cuando las sombras alcanzaron a George, supo que no iba a tener opción.

—Debes hacer algo… —gimió el capataz; pese a su envergadura, pareció encoger ante la llegada de la oscuridad, y algo en su rostro, en el tono de súplica de su voz, le hizo parecer aún más humano—. Debes ayudarnos…

—La única alternativa es matar al espíritu —anunció George.

Parte de la conversación restante tuvo lugar sin palabras, como si los dos creyeran que podían obviarla. El minero sabía que no tenía nadie más a quién recurrir, que ninguno de sus hombres sería capaz de enfrentarse a un ser que no comprendían, que ni siquiera sabían cómo hacerlo. El joven de la capa negra era consciente de que, si los abandonaba, seguirían muriendo, y que nadie acudiría en su ayuda. Al final, la decisión de George era simple: arriesgar su vida por salvar la de otros, o marcharse y tratar de olvidarlos. Pretender que necesitaba pensarlo habría sido engañarse a sí mismo.

—Aún no estoy seguro de cómo puedo matarlo —dijo entonces, levantando la mirada hacia la tenebrosa montaña que se alzaba al norte—. Conozco las debilidades de los monstruos más comunes, pero ni siquiera estaba seguro de la existencia de espíritus salvajes hasta esta misma mañana.

—Tiene que haber un modo.

—Se me ocurre uno. El problema es que si me equivoco quedaré a merced de algo que se hace llamar dios. —George miró a MacTavish, esperando que entendiera aquello como una broma, pero solo encontró pesar en su reacción—. Aunque estoy bastante convencido de que funcionará.

—¿De qué se trata? —quiso saber el capataz—. ¿Puedo ayudar en algo?

—¿Cree que podría matar a alguien con sus propios huesos? —preguntó George, críptico. El viejo minero no supo contestar—. ¿Han llegado a fabricar armas con el hierro extraído de la mina?

—No tenemos una forja. En los primeros envíos acordamos pagar un cargamento de herramientas con mineral, y algunas de ellas fueron fabricadas con el que habíamos extraído.

—Un pico o una pala no me servirán, MacTavish.

—Lo más parecido a un arma que tenemos… —El capataz hizo un repaso de todo lo que tenían a mano—. Un puñado de hachas, que utilizamos para talar, mazas y algunas guadañas. Nada más.

George pensó en el tamaño de la criatura. Le había visto moverse con sigilo, y con cierta gracilidad al saltar sobre el altar en el que se había sentado. Aunque estaba hecho de piedra, el espíritu era rápido. Una maza podía ser demasiado pesada, y no estaba seguro de que una guadaña fuera un arma aconsejable para nadie.

—Un hacha servirá —evaluó finalmente, asintiendo—. Pero, aun así, necesitaré que usted y sus hombres me hagan un favor.

Se acercó a la ladera norte de la montaña con paciencia. El sol apenas comenzaba a asomar al este, y la fina escarcha sobre la hierba aún crujía a su paso. La cueva que utilizara para salir de la montaña la tarde anterior tenía un aspecto imponente: la apertura en la roca medía unos quince pies de alto y casi diez de ancho, y tenía algo de sobrenatural por sí misma. Esperó a una distancia prudencial, que le permitiera reaccionar lo bastante rápido y no le pusiera a merced del espíritu, por ahora. Esperó hasta que el disco solar pudo verse casi por completo sobre la tierra y las colinas, sobre otras montañas y otros espíritus, sobre todos los hombres. Entonces, agarró el mango del hacha con fuerza, preguntándose una vez más si habría elegido correctamente. Miró sus botas y supo que le permitirían correr, que no resbalarían sobre la fría y húmeda roca. Sus guantes sujetarían el arma con firmeza, siempre y cuando lo hiciera él. Él… ¿estaba preparado él? En el último momento, decidió quitarse la capa. Aflojó las dos cintas que la sujetaban sobre sus hombros y se desenvolvió de ella, como si ondeara la misma noche a su alrededor. La dobló con delicadeza y la dejó en el suelo junto a sus pies. Ahora podía moverse con mayor libertad; quizás aquella decisión le salvara la vida. Miró al este de nuevo. El sol lucía por encima del horizonte. Se adentró en la oscuridad.

Necesitó cerrar los ojos durante un momento para que la vista se le acostumbrara más deprisa a la carencia de luz. Un goteo incesante se escuchaba a ambos lados; según la humedad se condensaba en las estalactitas y se precipitaba hasta el suelo. Caminó sobre los pasos de decenas de hombres muertos que habían acudido a aquel lugar a venerar a su dios particular. Él iba a matarlo.

Llegó al pequeño templo. Ahí seguía el altar de roca, y al otro lado el tótem de madera. Sintió que el corazón le destrozaba el pecho, que latía como si quisiera escapar de su inminente muerte. Primero pensó en buscar una posición defendible; después recordó que se enfrentaba a la montaña misma.

—Te dije que no regresaras, humano —entonó la roca, desde todas partes—. Te dije que te mataría si lo hacías.

—Lo recuerdo —contestó él, aferrándose aún más al hacha sin darse cuenta—. Pero hablé con los mineros; no hay trato. No es posible.

—Era de esperar —retumbó la tierra—. Fuisteis unas criaturas honorables, dignas de nuestro favor… dóciles. Pero ahora construís fortalezas con la carne de la tierra, convertís sus huesos en armas, taláis e incendiáis. Os creéis amos y señores de aquello sin lo cual no existiríais. Todo porque habéis inventado un nuevo Dios, uno que no os recompensará en vida, sino tras vuestra muerte. Qué estupidez…

Aunque la voz del espíritu provenía de todas direcciones, George no dejó de escudriñar las sombras con la mirada. En su última visita había podido comprobar que la criatura era sigilosa en extremo, pero estaba seguro de que no era invisible. Y si no podía verla por ninguna parte, solo podía estar… Detrás. Pero no atacaría aún, no sin aleccionarle, no sin comportarse como un dios. ¿Había fallado su idea, o es que los mineros no habían comenzado aún?

—Todo lo que hacéis lo hacéis en nombre de ese Dios ficticio —continuó el espíritu—. Todo lo que hacéis en vida está destinado a llevaros a la muerte. Pues bien… que así sea.

La vanidad traicionó a la criatura. Si bien su acometida fue silenciosa, sus palabras revelaron el momento del ataque. George se giró en redondo, y recordando la altura del espíritu rechazó su carga con un movimiento amplio del hacha. Aunque no pareció herirlo, golpeó al espíritu en su cabeza de piedra, y le hizo retroceder un par de pasos. Después, hombre y dios quedaron uno frente al otro. El ser de piedra lanzó un golpe de prueba, que de nuevo fue rechazado, y después se limitó a avanzar. Cuando George trató de apartar un nuevo manotazo, el espíritu aprovechó para agarrar el arma, deteniéndola en seco. Después, sin más miramientos, cargó con un puñetazo directo al pecho de George.

El suelo se separó de sus pies y la cueva entera se desplazó a una velocidad vertiginosa hasta estrellarse contra su espalda. En un segundo estaba tendido contra una estalagmita, cerca de la pared de la caverna. Todo el mundo parecía dar vueltas a su alrededor, y se sentía incapaz de respirar. Tanta era la conmoción que durante un segundo se olvidó de respirar, inmerso en aquel dolor que jamás habría podido imaginar, pero le inundaba. Palpó la roca a ambos lados, recuperó el aliento, y trató de concentrarse en aquel dolor pesado, denso, pero que solo le afectaba al pecho y no debía paralizarlo por completo. Pudo ver a la criatura acercándose, pisando la roca con roca, odiándolo con sus ojos vacíos y oscuros. Para cuando George se creyó capaz de moverse, ya le había agarrado el tobillo izquierdo con fuerza. Con un movimiento violento, lo lanzó por los aires.

Esta vez se cubrió con los brazos y detuvo el golpe contra el suelo a costa de un dolor terrible en codos y hombros. Rodó, y ninguna pared le detuvo. Había reducido el daño al mínimo posible, pero no se acercaba en absoluto a ninguna clase de victoria. Con la cabeza algo más despejada, buscó por el suelo de la cueva el hacha; pudo verla cerca del altar, donde el espíritu la había tirado con desdén un momento antes. No podría huir de él, y no podría afrontarlo directamente; todo dependía de su otra arma. De nuevo, el espíritu se aproximaba.